

PODER Y CULTURA

Rafael Carralero

El primer conflicto que enfrentan los intelectuales y artistas, globalmente visto, es el de encontrar la forma de hacer que los hombres del poder logren aceptar el papel fundamental e ineludible de la cultura en la sociedad, entendida en este caso como las expresiones humanísticas o el universo que corresponde a la vida espiritual de la sociedad. Hablo de poder entendido por ahora como gobiernos y gobernantes, porque existe un poder más peligroso, que conoce muy bien la naturaleza de la cultura, y por eso le temen, le agreden y la subvierten, pero de eso hablaremos luego. Sólo el hecho de que los gobernantes a diferentes niveles entiendan que la cultura, en el sentido más amplio del concepto, está en la huella del hombre sobre la tierra, es de por sí difícil, pero como ellos son también seres sociales y dejan sus huellas en el devenir histórico, casi siempre de forma negativa, pueden llegar a comprenderlo; lo que sí resulta demasiado complejo es que entiendan el papel de la cultura, en el entendido que estamos hablando, es decir, el pensamiento abstracto, la propia historia y las expresiones artísticas. Ahí está el gran nudo gordiano.

Hay un abismo que a ratos parece insalvable entre los creadores, los que hacen la cultura, entendido en su más amplio sentido, es decir, no sólo los creadores artísticos, también los investigadores y otros especialistas de la actividad humanística y científica; los que reciben o supuestamente deben recibir el producto de la creación (los pueblos); y los que administran la vida pública, que muchas veces se comportan como pastores de sus sociedades. Es un abismo enorme, donde han quedado sepultados muchos valores, creaciones y talentos. En ese hueco infinito se han hundido pueblos que no han podido



salir de la ignorancia o la opresión, y la inteligencia humana ha sufrido estancamientos o, cuando menos, procesos retardatarios en su desarrollo. En este conflicto se enfrentan la llamada cultura de masa, la que propician las élites dominantes, y las culturas populares, entendidas éstas como las que propician los pueblos en una interrelación solidaria de las comunidades.

No debe entenderse desde luego que vayamos a reclamar un paternalismo gubernamental como solución para la cultura, eso no sería sano ni ventajoso; cuando esto ha ocurrido generalmente se vuelve una trampa, pues a cambio se solicita la sumisión y se impone la censura. Por suerte, la cultura suele imponerse. Entre más retrógrados han sido quienes ostentan el poder, entre más críticas las situaciones creadas por aquéllos en la sociedad, han

surgido con más fuerza movimientos creativos perdurables. Los ejemplos son muchos en la historia, pensemos en los últimos tiempos del sistema colonial en nuestra América. Si pensamos en esa etapa final del colonialismo español, justamente cuando llegó el momento más crítico de ese dominio surgieron no sólo los movimientos que propiciaron la independencia en el terreno político y militar, sino, por ejemplo, las literaturas nacionales, y aún más: terminaron de estructurarse las culturas nacionales en la región, las nacionalidades. El poder, en lugar de propiciar el desarrollo cultural de los pueblos, suele convertirse en obstáculo. No están los gobiernos para administrar la cultura, ese no es su asunto, pero sí para propiciarla con recursos y medidas expeditas para la creación.

Nunca antes la cultura había sido acosada tanto desde los grandes centros de poder como ocurre en la actualidad.



Desde ellos se genera una acción dominante, encubierta casi siempre o, por lo menos, camuflada detrás del mercado, la cual ejerce influencia global determinante en muchos campos y sectores de la sociedad. Se crean programas y proyectos de corto, mediano y largo plazo, encaminados a incidir negativamente en el individuo, en las comunidades, en los grupos sociales, con un claro fin de ir aislando al hombre de sus vínculos con la sociedad, individualizarlo y, en consecuencia, dominarlo a partir de una pérdida paulatina de su identidad. A esto se prestan muchos gobiernos del planeta, pero sobre todo los grandes monopolios, algunos de los más importantes medios de comunicación e instituciones diversas que en apariencia tienen un contenido social edificante, pero que en realidad son instrumentos de penetración y desestabilización que responden a esos centros de poder que actúan ocultos.

Hay infinidad de gobernantes manipulados por esos centros de poder a través de grupos e instituciones financieras. Puede que en esto esté el mayor peligro para los hombres comunes, para las comunidades que se empeñan en preservar sus valores y sus raíces. Los cálculos y las conveniencias políticas se han vuelto “movidas” que le dan rumbo a las administraciones y, en consecuencia, de eso depende el grado en que vuelven su mirada a la cultura. Es ave rara el mandatario que asume la cultura, el arte en particular, como una necesidad del hombre. Lo común es que a la menor necesidad de hacer ajustes financieros o presupuestarios, el corte de la tijera empiece por la cultura. Un porcentaje abrumador de los funcionarios que ostentan el poder en este “maravilloso” tercer mundo —y aún del primero— lo hacen sin la menor intención de trabajar para sus pueblos, acuden a los puestos para enriquecerse, para hacerse de una fortuna suficiente que les permita en algún momento convertirse en empresarios. Si no les importan sus pueblos, sus posibles electores y sus comunidades, cómo esperar que se interesen por apoyar a la cultura. Quiero, sin embargo, subrayar que no deja de haber excepciones honrosas; es decir, funcionarios que ven en la cultura la conciencia colectiva de sus pueblos y la defienden. Veamos.

El supermercado para ellos es signo de progreso, la institución cultural es puro capricho de artistas e intelectuales, que son criaturas peligrosas

Hay en la historia algunos ejemplos de hombres que desde el poder propiciaron movimientos culturales que los consagraron. Pericles, digamos, que viene desde la antigüedad griega, no solamente llevó a la democracia a niveles inconcebibles para la época, sino que propició el esplendor de la cultura helénica de entonces, fiel reflejo de aquel excepcional proceso político. Veinticinco siglos después valdría preguntarse: ¿qué ha sido de aquella Grecia floreciente, madre de la cultura occidental? La respuesta es fácil, examínense las características del poder que ha regido sus destinos a lo largo de este tiempo. Véase lo que sucede hoy en la Grecia del recuerdo.

Pero volvamos al presente, al de Latinoamérica, al tiempo peor, según apreciaría Manrique. La distancia entre la filosofía del poder y la creación, que incluye el pensamiento abstracto, es verdaderamente insondable. El hombre de la cultura se ve obligado a un extraño juego con las autoridades que pareciera decir, al modo de Cintio Vitier: “no creas que porque simulo creo en tu simulación”. Se ven presionados a mantener ese juego a toda costa para solicitar apoyos, porque la cultura cuesta. Crear una institución cultural puede ser en extremo costoso. Y para un funcionario común es más importante un Walmart, no importa si ese supermercado esté guillotinando a los pequeños comerciantes e introduciendo los vicios del gran mercado que terminan afectando no sólo a la pequeña empresa, sino también a la identidad. El supermercado para él es signo de progreso, la institución cultural es en cambio un capricho de artistas e intelectuales, que son criaturas peligrosas. Reflexionar con determinados funcionario sobre el papel de la cultura en la sociedad es como recoger alpinistas en el Océano Atlántico. Sin embargo, cualquier proyecto político que piense en cambios progresistas, verdaderos, en el desarrollo real y en la limpieza de la sociedad, tiene que ubicar a la cultura como columna vertebral, así de simple.

Todas estas vicisitudes están más allá de cualquier análisis conceptual sobre el papel de la cultura, del artista o del intelectual en la sociedad. En el terreno de las ideas este asunto se torna de primer nivel para el análisis del desarrollo y los cambios cualitativos de las sociedades. Ni Platón, ni Hegel, ni todas las escuelas filosóficas que se registran en la historia podrían desentrañar el problema que representa la relación entre poder y cultura en un mundo globalizado. Claro que mientras miles de talentos

Históricamente, el intelectual y el artista han desempeñado un papel de vanguardia, sin importar su filiación ideológica

se frustran, mientras las editoriales se vuelven coto limitado, de acceso único para quienes tienen buenos amigos allá dentro o un expediente que los convierta en buen producto para el mercado —lo que se repite de alguna forma en otros campos de la creación—, existe un cierto coqueteo del poder con un número reducido de artistas e intelectuales convenientes, figuras que los visten, que les permiten crear el espejismo de que son proclives al apoyo incondicional a la cultura. En cierto sentido, hay una intención de convertirlos en intelectuales orgánicos, en defensores a ultranza del sistema. Hay intelectuales y artistas que sin dejar de ser honestos no tienen cosa mejor que aceptar el coqueteo, aunque digan mientras detienen el galope del corazón con la diestra: “no creas que porque simulo creo en tu simulación.”

Históricamente, el intelectual y el artista han desempeñado un papel de vanguardia, sin importar su filiación ideológica, ese ha sido su papel. Balzac, por ejemplo, que perteneció a la clase retrógrada de su tiempo —la nobleza—, no dejó de desempeñar ese papel. Los intelectuales van abriendo el camino, se adelantan a su tiempo y definen rumbos, prevén los cambios y de alguna manera los anuncian con antelación. Ese papel de pronóstico, podríamos decir, aunque no siempre ocurre conscientemente, define con mayor claridad el papel insustituible del creador y el hombre de pensamiento en la sociedad. Es cierto, tampoco debe dejarse de reconocer que existen intelectuales, artistas y pensadores proclives al poder, sin simulaciones.

Si se tratase de ver las diferencias entre cultura y poder, habría simplemente que echarle una mirada a la historia. La cultura, viéndola en forma amplia, registra las grandezas del hombre, sus acciones edificantes, sus huellas imborrables en cada concreción cultural, o lo que es lo mismo, en las culturas nacionales y regionales. Las obras arquitectónicas, literarias, artísticas en general, recogen los grandes aportes del hombre, en los que habría que incluir los adelantos tecnológicos y científicos. Pero cuando hablamos de cultura humanística, allí, en la creación, se encuentra lo más elevado de la condición humana.

En la praxis social, la cultura y el poder se presentan como dicotomía, extraña forma en que dos partes diferentes en su esencia se incluyen. Justamente por esa forma esencial de contraponerse tienen una relación de determinado grado que a ratos pareciera consustancial, como si estuviésemos hablando del mal y del bien como valores eternamente humanos y contrarios. En ambas cosas se expresan características

propias de la condición humana. El poder se expresa como dominio que genera las más insondables cualidades. En la política, por ejemplo, que está ligada al ejercicio del poder, se establecen como normas internas —contrarias a la ética que edifica—, la ausencia de escrúpulo, la mentira y el engaño para ascender al poder. Tenemos entonces que la condición competitiva, que es propia de la condición humana, es en este sentido sombría y en la historia aparece como acción que devela las peores cualidades humanas.

La cultura no sería el factor de contraposición eterno a esas características que afloran en torno al poder si no tuviera también una esencia competitiva. Porque el hombre es un ente competitivo, pero esta dimensión de la competencia es precisamente la que ha condicionado el desarrollo de la sociedad y ha permitido que la humanidad avance, sin que el poder haya podido aplastar las más nobles aspiraciones de las personas, generalmente reflejadas en el acto de la creación cultural. Ya habíamos señalado el papel de vanguardia del intelectual, que consiste justamente en adelantarse a las aspiraciones, a veces inconscientes de la sociedad. Platón, por ejemplo, abogaba para que los intelectuales, los hombres sabios, asumieran el poder; habría que preguntarse si tal cosa sería posible o si es que esos hombres de la cultura al asumir el poder no perderían de inmediato la condición vanguardista, de creadores de valores humanos positivos. Algunos ejemplos se registran en la historia y no siempre favorables, porque en el enfrentamiento bien-mal, que podemos identificar aquí como cultura-poder, ha vencido la parte indeseable.

Podemos inferir entonces que la fuerza de la cultura se expresa en su capacidad de oponerse a las acciones destructivas o retardatarias que suelen generarse desde el poder. La única forma posible de modificar la condición negativa del poder, según registra la historia, está precisamente en la cultura, que opera como adversa a la esencia misma de aquél. Veamos finalmente cómo ambos lenguajes se contraponen: mientras que el discurso de la cultura es creativo, encaminado a la reafirmación de valores éticos y estéticos que buscan modificaciones constructivas de la condición humana, el discurso político, el del poder, suele ser engañoso, oportunista, encaminado a producir expectativas falsas que terminan confundiendo el imaginario de las multitudes para conducirlos a una especie de obediencia ignorada. El primero es edificante, el segundo, cuando menos, suele ser alienante. ■

Rafael Carralero (Cuba, 1949). Escritor cubano, nacionalizado mexicano. En Cuba tuvo durante años responsabilidades en el campo de la cultura, fue fundador de instituciones y proyectos de investigación y promoción cultural, como el Centro Juan Marinello. Fue también director de la revista *Temas* y dirigente de la Asociación de Escritores de Cuba de la UNEAC. Entre sus libros, cabe citar: *Con el ojo en la mira*, *Casa de Espejos*, *El Vuelo del Albatros* y *Leyendas de tierras extrañas, episodio inconcluso*. En México es presidente actualmente de la Asociación de Intercambio Cultural “José María Heredia” y del Comité Internacional para los Festivales del Caribe.